

Homilía

In memoriam*

Dean Brackley**

Las lecturas de hoy, de la misa del santo hermano Pedro de Betancourt, de Guatemala, vienen como anillo al dedo para recordar a nuestro querido Francisco Javier Ibisate. Se nos fue hace un año, dejando un gran vacío en esta universidad y en los corazones de nosotros que lo queríamos. Con todo y ese vacío, su memoria despierta alegría y gratitud. Nos cuentan que, poco antes de morir, dijo que se iba a encontrarse con monseñor Romero y con sus hermanos mártires.

A un año de su muerte, extrañamos la cercanía, el servicio generoso y la alegría que nos contagiaba. Esa su bondad expresaba el gran compromiso que configuraba su vida: el amor a Dios y al prójimo, sobre todo a quienes sufren de las grandes injusticias que nos azotan. “Ibis”, como sus hermanos lo llamábamos con cariño, supo lo que Dios quiere, como lo afirman las escrituras: que los hambrientos coman y los sedientos beban; que se vista a los desnudos y se reciba bien al inmigrante; que sepamos levantar los yugos, romper las cadenas y liberar a los cautivos de la miseria. Ibis participó en esta pasión de Dios.

Su sonrisa y sus palabras hicieron que la gente sintiera su propia dignidad. Por eso lo extrañan en Plan del Pino y en el Calvario de Santa Tecla. María sigue pensando en él al asear las aulas de la UCA, igual que Raúl, de Mantenimiento, cuando limpia el parqueo. Frente a esta capilla, en el edificio de módulos “A”, sus colegas lo extrañan y han solicitado que ese edificio lleve su nombre. Sus estu-

* Homilía para el primer aniversario de la muerte de Francisco Javier Ibisate, S.J.

** Catedrático del Departamento de Teología y encargado de la parroquia universitaria “Jesucristo Liberador”, UCA.

diantes, y miles de ex alumnas y ex alumnos extrañan las clases magistrales y su fina atención personal, que en sus últimos años incluía una campaña personal de persuadir a jóvenes a dejar de fumar.

Los lectores de Ibis resentimos que dejan de aparecer sus artículos. Eran más como capítulos de un gran escrito continuo, aparentemente interminable, sobre el entorno económico y social, que llegó a más de cien capítulos, saliendo publicados a cada rato durante cuarenta años. Este año faltaban sus reflexiones sobre la reunión anual en Davos, Suiza, donde los ricos y famosos se reúnen para hablar de los pobres y olvidados.

Si estuviera hoy como antes, ¿qué estaría escribiendo sobre el discurso de Benedicto XVI ante la ONU el domingo pasado? El papa habló de la necesidad de superar las grandes desigualdades sociales y de promover el desarrollo de los países más pobres; habló de la solidaridad, el medioambiente y los derechos humanos en este año del 60° aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU. Según el papa, “la promoción de los derechos humanos sigue siendo la estrategia más eficaz para extirpar las desigualdades entre países y grupos sociales, así como para aumentar la seguridad”. Todos estos eran temas caros para Ibis. ¿Qué hubiera comentado al respecto en estos momentos de crisis alimentaria y aumento de precios, que se suman a la inseguridad y la corrupción de siempre?

Naturalmente, los que convivimos con Ibis lo extrañamos también. Nos hacen falta las pequeñas lecciones de misa y de mesa. Ibis presidió la misa durante trece años con las hermanas de la Asunción en la colonia Lourdes, al lado oriental del centro. Pero en sus últimos años celebró con sus hermanos de casa en la madrugada. Cuando le tocaba presidir, comentaba las lecturas, aplicando su verdad al horror de la guerra en Irak, a la opresión del pueblo palestino y a la dura realidad de nuestro país y de la región. Hubo lecciones en la mesa también, comentarios maestres sobre la economía nacional. Brotaban de él

incontenibles, como agua de un manantial. Nos gustaban, y no solo por breves, sino aún más por lúcidos.

Quienes lo seguíamos en la mesa del desayuno también pudimos disfrutar de comentarios escritos en el margen de las páginas del periódico. También eran breves y lúcidos: “¡Imbéciles!”, escribía. “¡Cómo mienten!”. Su indignación, tan humana y cristiana ante la hipocresía y la prepotencia, también despertaron nuestro cariño y aprecio. En sus últimos años, nos edificaba con su paciencia cuando le fallaba la fuerza física. Si bien se quejaba de no poder trabajar incansablemente como antes, no se quejaba, o no mucho, de sus propios sufrimientos. Sus colegas y la doctora Miny Romero, que lo atendía con tanto esmero y cariño, son testigos. Ibis prefería descargar su frustración contra un trío favorito: George W. Bush, Condoleezza Rice y Donald Rumsfeld, y también Cheney, John Bolton y varios honorables diputados de nuestra Asamblea nacional. Disfrutamos inmensamente esta indignación.

Todo esto que recordamos expresa quién era él. Ibis supo integrar en un solo compromiso el ser amigo, ministro del Evangelio, docente y economista profesional. Vivía esta integración impresionante con tanta naturalidad que sólo podía ser obra de Dios en él. El amor por las personas y por las mayorías pobres, en especial, inspiraba su trabajo pastoral y su docencia, pero también su investigación como economista. Pues se indignaba no solo porque no se daba de comer, de beber y de vestir, sino también porque la avaricia y las políticas públicas generaban continuamente más hambrientos, enfermos, inmigrantes, vivienda indigna, desempleo y muerte.

Cuando era Decano de Economía, yo le reclamaba la falta de una materia de ética en algunos planes de estudios. “La ética pasa por toda la economía”, me respondió. “¡No puedes hacer economía sin ética!”. Así era para él, con perdón de los econométristas de corte liberal. Él entendía muy bien que la teoría de precios tiene reglas propias, pero supo también que la economía es cuestión de vida y muerte para el pueblo. Por tanto, es un disparate irresponsable

separar los hechos económicos de los valores que entrañan. Cuando los periodistas le preguntaban a Ibis sobre la inflación, los refería a las vendedoras del mercado. “¡Pregunten a la gente! La gente sabe muy bien que la inflación está por encima de lo que se dice”.

Su compromiso de fondo con el pueblo empobrecido lo llevó a arrojar una luz brillante sobre nuestra realidad nacional. Sirviéndose de los criterios de la ética humana y cristiana de la Iglesia, denunció el modelo de libre mercado sin frenos y de miserables gastos sociales, que ensancha la brecha entre ricos y pobres, excluye a las mayorías de una vida digna, y expulsa a compatriotas del país en busca de otros horizontes.

Durante los años setenta y ochenta, de crisis política y conflicto, Ibis estudiaba a fondo los distintos modelos de política económica, dejándonos el legado de este esfuerzo en sus magistrales apuntes de clase sobre “Sistemas económicos y sociales”. Él rechazó como inhumanos los extremos de derecha y de izquierda, quedándose más ilusionado con las distintas formas de socialismo democrático de rostro humano, o de economía mixta. No sé si llegó a leer las palabras del actual papa ante el Senado de Italia en 2004, que tienden a confirmar su postura. Refiriéndose a la experiencia europea, el entonces cardenal Ratzinger dijo: “En muchas cosas el socialismo democrático estaba y está próximo a la doctrina social católica; en todo caso, ha contribuido considerablemente a la formación de una conciencia social”.

Como cristiano y economista que era, Ibis usaba un criterio fundamental para evaluar los sistemas sociales y las políticas coyunturales: ¿qué efecto tiene esta política o ese sistema en la gente pobre y vulnerable?, ¿cómo afecta esta medida a los grupos excluidos? Así se evalúan las medidas concretas, las estrategias de gobierno y los modelos económicos. Si estos generan miseria, exclusión o represión,

hay que preguntar por qué. Y ya tenemos suficiente experiencia como para saber por qué. La miseria, la exclusión y la muerte antes de tiempo resultan de la avaricia institucionalizada, la idolatría del dinero y del poder. Por eso, es necesario extender el *ethos* democrático a la vida económica, ampliando la participación desde la empresa hasta el desarrollo de la política económica nacional. Es necesario que el público tenga la capacidad de pedir cuentas a quienes administran los recursos —energía, alimentos, transporte— de los que todos dependemos para vivir. Como los obispos latinoamericanos lo han expresado, es necesaria “una economía de la solidaridad y la participación, expresada en diversas formas de propiedad” (*Documento de Santo Domingo*, n.º 201).

Urge luchar por estos cambios. Como dijeron los obispos en Aparecida, “se requiere que las obras de misericordia estén acompañadas por la búsqueda de una verdadera justicia social, que vaya elevando el nivel de vida de los ciudadanos, promoviéndolos como sujetos de su propio desarrollo” (*Documento conclusivo de Aparecida*, n.º 385). Pero, como nos recuerda la parábola del juicio final, tampoco podemos dejar de responder a quienes les falta pan, techo y empleo hoy.

Javier Ibisate supo dar de comer y de beber. Como docente y economista nos ayudó también a caminar hacia una sociedad más fraterna, que genere menos hambre y exclusión.

A un año de su partida, le damos gracias a Dios por él y su ejemplo. Aunque creemos que descansa en Dios, a quienes lo conocíamos en vida nos cuesta creer que descansa del todo. Ciertamente está colaborando, de alguna manera, para que venga el reino de justicia, verdad y paz, que tanto anhelaba. Oremos con él, y sigamos su ejemplo, para que más pronto sea.